

Clem. Tengo muchísimo; pero es preciso omitirlo porque nos quede tiempo para tratar otros puntos muy interesantes sobre el asunto principal de nuestra conferencia.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS
por otras invenciones que suponen en el agente, conocimiento y prevision.

CONVERSACION SESTA.



Clem. **D**ime: ¿los niños recién nacidos tienen dientes?

Sever. No los tienen, sino hasta que está para concluirse el tiempo de la lactancia.

Clem. ¿Y tú hallas alguna razon para ambas cosas?

Sever. Si la hallo muy poderosa, y es esta. Cuando el niño se alimenta con la leche de la madre, no necesita dientes; y antes bien serían estorvosos á él, y molestos á la madre; pero cuando ya para sustentarse con otra clase de alimento que es preciso mascar y triturar necesita de los dientes, entónces le salen para este efecto.

Clem. Estas razones que has espuesto sabiamente, son una prueba de la ecsistencia de Dios. En esto se advierte una mano inteligente que obra segun las circunstancias y oportunidad de los tiempos; no dando al hombre alguna cosa en el tiempo en que no la necesita, y concediendosela puntualmente en aquellas circunstancias en que ya va á necesitar de ella.

Sever. Es constante por las observaciones anatómicas, que cuando el niño está formado perfectamente en el seno de la madre, tiene tambien formados perfectamente sus ojos. Es claro que en tales circunstancias los ojos le son inútiles, porque no hace ningun uso de ellos; y así, si de que el niño reciba los dientes en el tiempo en que le sirven, infieres tú que ha habido un autor inteligente que le haya dado los dientes; de que el niño tenga ojos bien formados cuando no le sirven, infiero yo que el niño no reconoce por autor de su ecsistencia á un ser inteligente.

Clem. Este racionio en lugar de ser contra mí, confirma enteramente mi discurso: y si no dime: si ¿tú vieras á un hombre que en su juventud fabricaba unos anteojos para que le sirvieran en la ancianidad?

nidad, si acaso entónces perdía su buena vista, dirías que este hombre no obraba con inteligencia y racionalidad, porque formaba los anteojos en aquel tiempo en que no le eran útiles?

Sever. Diría todo lo contrario. Diría que este hombre obraba con prevision, y por lo mismo con inteligencia y racionalidad: porque preveía que en edad avanzada podía faltarle la vista, y que fabricando los anteojos con anticipacion, no solo obraba con conocimiento, sino con prudencia, preparando previamente lo que le podía servir en tiempo oportuno.

Clem. Pues si el que fabrica los anteojos para un tiempo mas remoto, y en contingencia de que no le sirvan, obra con prevision y con prudencia; ¿dejará de obrar con prevision y con prudencia, el que forma los ojos del niño antes de nacer; que ademas de ser una fabrica de un artificio mucho mas delicado, mas maravilloso, y que supone en el artífice mayor inteligencia, van á servir al niño dentro de mas breve tiempo, y con certeza de que le sean útiles, pues le han de servir para ver en el primer momento en que sale á la luz del dia? Aquí debo pregun-

tar como David: ¿el que fabrica el ojo, no ve, no conoce, no reflexiona? *Qui finxit oculum, non considerat?* (SALM.93.V.9.)

Pongamos otro ejemplo de prevision. Dime: ¿el que fabrica un paragua en tiempo de perfecta seca, espera alguna utilidad de él, en el tiempo que lo construye?

Sever. No, sino que espera que le sirva en el tiempo de lluvias.

Clem. Luego ¿este artífice espera que ha de ocurrir un caso en que le ha de servir el paragua?

Sever. Es cierto.

Clem. Pues la esperanza es un acto propio de la inteligencia: y así este hombre es un ser inteligente, ya porque conoce la relacion que hay entre el paragua y la utilidad que debe producir, y ya porque espera y prevee que ha de llegar el caso en que reciba esta utilidad.

Sever. Es indudable.

Clem. Has convenido en estos principios ciertos, y por esto te has de ver precisado á conceder la consecuencia legitima que de ellos se deduce. Oye cual es. El niño antes de nacer tiene pulmones: estos son unos vasos para el aire, formados donde no hay ai-

re, y contruidos con un esmero esquisito, para admitir y espeler alternativamente un fluido elástico, en donde no ecsiste tal fluido. Este grande organo con todo el aparato que le pertenece, se halla encerrado en el thorax del feto, sin uso alguno; pero dispuesto y pronto para obrar en el primer momento en que se necesite el uso de su accion. Así se verifica efectivamente, pues en el instante mismo que nace el infante, comienzan los pulmones á tener su ejercicio de la respiracion, que es enteramente necesaria para la vida. Pues si el artifice del paragua obra con inteligencia y con prevision, segun tú mismo confiesas; es evidente que obra con inteligencia y prevision, el que forma en el niño, antes de nacer, los pulmones que le han de servir necesariamente para la vida en el primer instante de su nacimiento.

Sever. No has satisfecho la dificultad. Si al niño se le dan los ojos y los pulmones antes de nacer, porque despues de nacido ha de necesitar de ellos, ¿por qué no se le dan tambien los dientes antes de nacer, si despues de nacido los ha menester?

Clem. Lo primero, porque los ojos y los pulmo-

nes los necesita luego para el primer momento en que nace, y los dientes no le son necesarios, sino hasta mucho tiempo despues de nacido, y cuando ya los va á necesitar, se le dan con una anticipacion oportuna: y lo segundo, porque en el tiempo de la lactancia le serian estorvosos, y molestos á la madre, segun tú mismo acabas de decir; luego esta oportunidad, en uno y otro caso, supone prevision en el autor, y por lo mismo inteligencia, de la que la casualidad es incapacísima.

Sever. No quiero replicar con todo empeño á las razones que vas esponiendo, porque despues que hayas concluido, pretendo alegarte otros fundamentos á favor de mi sistema, para que me contestes: y así por ahora puedes proseguir tu discurso.

Clem. Sea enhorabuena, que yo fiado en el ausilio del omnipotente, cuya ecsistencia defiendo, procuraré contestarte. Entre tanto, añadiré las dos reflexiones siguientes, y concluiré con un argumento muy poderoso para cualquiera hombre amante de la razon y de la verdad.

No es mi intento hablarte de la estructura y mecanismo verdaderamente

maravilloso del cuerpo humano, en que tanto resplandece la sabiduria y el poder infinito de su artífice. Es materia esta tan difusa, que en ella empleó Galeno diez y siete libros, que tituló: *Himno á la divinidad*; diciendo, que este himno era mas glorioso y honorífico á Dios, que el incienso y el hecatombe; esto es, el sacrificio de cien bueyes. En efecto: la fábrica y construccion del cuerpo humano, es una de las obras mas maravillosas que se observan en la naturaleza. El consta de una multitud innumerable de huesos, de nervios, de arterias, de venas, de vasos &c; colocadas todas estas partes en orden, en armonia, en distancia y en proporcion: de modo que teniendo cada una de ellas su destino y su oficio particular, se dirijen todas al fin general de formar esta máquina tan admirable, y de conservar al hombre la vida, poniéndole en aptitud de comer, de alimentarse, de nutrirse, de reparar la pérdida de las fuerzas, de usar de sus sentidos, de moverse, de trabajar, y de otras muchas acciones vitales, para sus necesidades, para su utilidad, para su descanso, para su recreacion, y para otros fines. Pues este artificio encantador del cuerpo hu-

mano, en que los anatómicos hallan cada dia mas que observar y admirar, y estos fines y designios prueban una inteligencia autora de todo esto, y un artífice infinitamente sábio y poderoso.

Si paramos la consideracion solamente en la estructura del ojo, hallarémos un conjunto de maravillas y de prodigios tan asombrosos, que nos obligarán á convencernos de que la obra, la máquina mas delicada y perfecta, que pueda discurrir el hombre de mayor talento é industria, siempre será infinitamente inferior. Y ¿es posible que el ojo, todo el hombre, todos los seres y todo el universo, sea obra de la casualidad, que es mas incapaz que los mismos brutos, pues es enteramente ciega é impotente? Pero no se si sean mas ciegos los que le atribuyen tanta sabiduria y poder.

Ya que no tenga el placer de formar la descripcion de la estructura del cuerpo humano, por no serte fastidioso, permite á lo menos, que haga una reflexion ligera sobre la formacion de las manos y del rostro del hombre; asunto á la verdad nada comun, y que escita la curiosidad.

Sever. Haz las reflexiones que quisieres, pues bien conocerás que me agrada oírte discurrir.

Clem. Son imponderables los bienes que le resultan al hombre de las ciencias y de las artes, para la conservacion de su vida, para el remedio de sus necesidades, para su utilidad, para sus comodidades, para su descanso, para su recreacion, y para todo aquello que constituye su felicidad temporal. Pues las manos son las causas inmediatas de todos estos bienes; y así se pueden llamar la fuente prócsima de la felicidad natural del hombre; ó si se quiere, llámense los instrumentos necesarios para conseguir esta felicidad.

El hombre necesita de las manos para romper la tierra, sembrar la semilla, cultivarla, recoger los frutos, y disponerlos para su sustento. Tambien son necesarias las manos para proveerse de los demas alimentos, de vestido, de medicinas, de habitacion y de otras muchísimas cosas, que ha menester para la conservacion de la vida. Por medio de las manos se habilita de lecho ó cama para su descanso, de frutas, de árboles, de flores y de otros objetos para su recreacion. Necesita de las manos para la pintura, para la escultura, y, en suma, para todas las artes, que son conducentes á remediar todas las

necesidades, y prestarle utilidad, comodidad y desahogo; y, finalmente, el hombre con sus manos dirijidas por su entendimiento, atraviesa provincias y reinos, navega los mares, se defiende de las fieras, de las inclemencias de los tiempos y de todos sus contrarios, se sirve de todos los seres del universo, y parece un señor de la naturaleza, pues esta se le rinde, y se le sujeta.

Pues si todo esto conviene al hombre por su propia naturaleza y condicion, y como al ser mas noble y mas excelente de los que habitan la tierra; ¿se podrá negar que las manos del hombre están destinadas por una sabiduría provisorá, para todos estos fines? Solo por una ceguedad monstruosa se puede asegurar, que la casualidad es la autora de unos instrumentos tan necesarios y tan útiles al hombre, y fabricados con un artificio y unas proporciones tan admirables, que han servido á los sábios de materia para las observaciones mas atentas y detenidas, y los han obligado á prorumpir en los elogios mas recomendables del autor infinitamente sábio de tales instrumentos.

Sever. ¿Cual es la segunda reflexion?

Clem. Es esta: procuraré consultar á la

brevedad. Si en el imperio de la razon, la mano (como hemos visto) es el primer ministro de la alma, para el cumplimiento de sus designios, la cara es como el trono, donde sentada hace á todos visible su magestad. No hablémos de lo interior de la cara del hombre, sino solamente de la superficie, ó fachada de ella, y porque las cinco cosas que requiere Vitruvio en un edificio perfectamente ideado pueden cómodamente reducirse á dos, esto es, la hermosura y la utilidad, contempláremos nosotros estas dos solas, en la fábrica augusta del rostro humano.

En cuanto á la belleza, digo, que no es mi ánimo hablar de ella con todos los requisitos que algunos piden para que sea perfecta, porque si entrámos en ecsamen, en ninguna persona, por hermosa que sea, se hallan todos juntos. Hablo de la belleza en general, que gloriándose de ser señora, es una verdadera tirana, que manda despóticamente, oprime y esclaviza los corazones de los miserables mortales. Ella obliga aun á los monarcas mas poderosos, que imperan sobre millones de hombres, y gobiernan dilatadas provincias, á que abandonen el sólio brillante de la magestad,

y se le rindan y postren, para tributarle inciensos y adoraciones, hasta el grado de idolatria. Ella colocada en el rostro de una Helena, puso en armas á toda la Grécia, y arruinó á Troya: ella ha hecho correr torrentes de sangre humana en los campos de batalla y en las discordias domesticas: ella ha destruido ciudades y aun imperios, y ha causado grandes trastornos en el universo: en fin, siendo la belleza una perfeccion, han abusado de ella los hombres hasta cegarse, enloquecerse, embrutecerse, y echar sobre sí un cúmulo de males infinitos.

El mayor elógio que hicieron los antiguos de la elocuencia del filósofo Platon, fué afirmar, que de lo que decia, no se podia quitar ni una palabra, para substituirle otra, sin echarlo á perder: pues con mayor razon podemos decir esto mismo de la belleza del rostro humano. Es una perfeccion de naturaleza tan delicada por la union y enlace íntimo y ordenado de unas partes con otras, que basta cualquiera variacion ligera de su simetría, para desfigurar el todo.

Pero lo mas admirable es, que la hermosura, siendo una é invariable en

una misma cara, se divide en tantas y tan diversas, cuantas son las caras en que se halla; de modo, que no hay dos por parecidas que sean, en quienes no se advierta alguna diferencia que las distinga. Es constante que si observamos en un cuadro pintados muchos rostros, ó hermosos ó feos, de tal suerte que ninguno sea perfectamente semejante á otro, atribuimos esto á pericia, ingenio y fecundidad de ideas del artífice que los pintó, no obstante, que estas cópias podrá haberlas tomado de otros originales vivos, ó pintados: ¿pues con cuanta mayor razon deberemos confesar la inteligencia y destreza del artífice, que ha formado los rostros humanos, adornándolos de una hermosura, que siendo en sí misma una sola, la ha distribuido con tal artificio, que la ha multiplicado en infinitas caras, haciendo que aparesca diversa en cada una de ellas, sin haber tenido á la vista ningunos originales?

Si de la diversidad de la belleza en las caras hermosas, que son en menor número, resulta una prueba de la sabiduría de su artífice; mayor debe resultar de la diversidad que se advierte en todas las caras de todos los hombres,

que habitan el globo de la tierra. Es tan general esta diversidad, que no se hallarán dos caras tan perfectamente semejantes entre sí, en quienes no se note algun rasgo de desemejanza. Es verdad que algunas veces ha habido hombres, tan parecidos el uno al otro, que los han equivocado; pero esta ha sido una semejanza perfecta á primera vista, ó respecto de personas que no han tomado todo el empeño necesario para hacer un cotejo esacto; mas, despues, haciendose observacion atenta por personas reflexivas, se ha hallado alguna razon, ó señal de diferencia; y si se pretende insistir, en que ha habido perfecta igualdad, digo, que ha sido raras veces. Esta diversidad tan universal de semblantes, demuestra una sabiduría infinita en el autor que los ha formado. Porque si todo artífice antes de pintar ó esculpir una cara, concibe de ella en su entendimiento una idea, que le sirve como de modelo, y si cuanto es mayor el número de caras diversas, tanto es mayor el ingenio, y la fecundidad de ideas de su artífice; siendo los diversos rostros humanos tantos, cuantos han sido los hombres que han existido hasta la épo-

ca presente, que es decir, infinitos, es evidente, que las ideas ó modelos del entendimiento de su autor son infinitas; y por consiguiente es infinita su sabiduría.

Pero no solo de la diversidad de los rostros humanos se infiere la sabiduría de su autor, sino tambien de los fines prudentísimos, que, á mi modo de pensar, se propuso en esta diversidad. Estos fines son los muchos bienes que de aquí les resultan á los hombres. Esta es la utilidad de que voy á hablarte en segundo lugar. Es indisputable, que son bienes verdaderos y utilísimos, la buena fe en los contratos, la fidelidad en las promesas, la honestidad, la paz, la justicia; que sea apreciado el virtuoso, que se premie al hombre de mérito, que se castigue al delincuente, que se enfrene y reprima al díscolo y mal inclinado, que se observen las leyes, que se obedesca á los superiores, y todo aquello que es conducente al comercio y comunicacion provechosa de los hombres entre sí. Pues para que gozen de todos estos bienes, es necesario que no halla entre ellos una perfecta semejanza, sino que antes bien tengan una señal, por la que se distingan los unos de los otros.

Así como en las letras ó caracteres del abecedario, para escribir y leer ordenadamente, de modo que á primera vista se distinguen las unas de las otras, porque si todas fueran semejantes entre sí, sería imposible el escribir y leer, siendo imposible distinguirlas; á este modo, si los hombres fueran perfectamente semejantes entre sí, ¿como podriamos distinguir al acreedor del deudor, al virtuoso del perverso, al esposo del que no lo es, al pariente del estraño, al superior del subdito? De aquí brotaria un manantial de infidelidades, de mentiras, de engaños, de fraudes, de adulterios, de incestos, de inobediencias, de rebeliones, y de toda clase de desordenes y de crímenes inevitables, que harian perniciosísima y aborrecible la sociedad de los hombres; de manera, que sería menos dañoso el irse á vivir en los bosques en compañía de las fieras, de quienes procurarian precaverse y librarse, sabiendo que son enemigas de la humanidad; pero los hombres en lugar de librarse de sus semejantes, siempre estarían espuestos á engaños continuos y ruinosos; porque el asesino se venderia por protector de nuestra vida, el infiel por fiel, el mentiroso por verdadero, el

estranño por pariente, el adúltero por esposo, y el enemigo por amigo; luego el artífice de los rostros humanos, ha obrado con suma sabiduría en haberlos formado con esta infinita variedad, y ha procedido con una providencia verdaderamente admirable, en haber evitado con esta variedad, un cúmulo inmenso de males, que gravitarían irremediabilmente sobre la mísera humanidad.

Sever. Esta diversidad de que hablas, no prueba sabiduría ni providencia en el autor de los hombres; porque ella ha sido efecto de la casualidad, y no de la necesidad de evitar esos inconvenientes que refieres. He aquí la razón que destruye todo tu argumento. Esta misma variedad se advierte en los brutos, en las plantas y en los demás seres de la naturaleza, y ninguno habrá por insensato que sea, que diga, que ella ha sido necesaria para impedir esos males respecto de los brutos, de las plantas y otros seres distintos del hombre.

Clem. Esta objeción en lugar de destruir la fuerza de mi argumento, se la aumenta y la confirma. En cuanto á los brutos, ó hablamos de los individuos, ó de las especies: si de los individuos, digo, que

muchos de ellos á nuestra vista no se diferencian en el aspecto, y otros por lo regular se diferencian poco; pero por grande que sea esta diversidad en ellos, no es como en los hombres, en quienes es general é imponderablemente mas notable, pues como ya he dicho se distinguen á primera vista los unos de los otros. Además de esto, aunque hubiera una perfecta semejanza de los brutos entre sí, es evidente que de ella no se seguirían los inconvenientes indicados; pero respecto de los hombres no puedes negar, que ciertamente se seguirían; por lo que es manifiesta la necesidad de diferenciarse.

Ultimamente, aunque halla esta diversidad en todos los brutos, y yo ignore la razón de ella, esto no impide que yo afirme, que tal diversidad es necesaria en los hombres, para evitar estos males, atendiendo á su carácter, á su condición y á sus inclinaciones. Por ejemplo, veo á un febricitante recostado en su lecho, y volviendo los ojos veo á otro hombre en igual postura, sin saber yo si padece ó no padece enfermedad: es claro que, en este caso, aunque ignore la razón por qué el segundo está acostado, puedo decir con funda-

mento, que el primero se halla de este modo, porque así lo ecsige el quebranto de su salud.

Si hablamos de las especies de los brutos, es evidentísimo, que se diferencian notablemente las unas de las otras. Pero en esto mismo brilla la sabiduría y la providencia del autor de su ser; ya porque en la multitud de especies de brutos de diversos tamaños, de diversas formas, de diversas pieles, de diversos plumages, de diversos colores, y de otras diversas calidades específicas resplandece la fecundidad de ideas del entendimiento de su autor, y ya porque las necesidades del hombre, para quien fueron formados los brutos, ecsigen forzosamente esta diversidad. Necesita el hombre distinguir los animales que le son nocivos, para precaverse de ellos, y necesita tambien distinguir los que le son útiles para aprovecharse de ellos. De unos para el alimento, de otros para el vestido, de otros para la carga, de otros para caminar, de otros para la labranza de la tierra, de otros para la curacion de las enfermedades, y de otros para mil usos de la vida. Para esto es necesario que vea en ellos impreso un caracter de diversidad con-

que distinga á unos de otros. Esto mismo se debe decir de los árboles, de las plantas, de los metales, de las piedras y de los demás seres, para que el hombre pueda desechar ó elegir aquellos que sean convenientes á los fines á que quiera destinarlos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS
por el consentimiento de todos los pueblos.

CONVERSACION SEPTIMA.



Clem. **C**oncluyámos con el argumento que se forma del consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios. Recorrámos con el pensamiento todo el universo, y hallaremos naciones y pueblos, que se diferencian y aun son contrarios en sus costumbres, en sus usos, en sus inclinaciones, en sus ejercicios, en sus idiomas, en sus leyes, en sus propiedades corporales como el color, las facciones y la estatura, y muchos apenas se distinguen entre sí en la fisonomía y figura de hombres; pero á todos los hallarás acordes en reconocer y confesar la ecsistencia de Dios.